

APUNTES SOBRE EL PORVENIR DEL MONACATO

Es obvio que el porvenir del monacato, en primer lugar, depende del hecho de que los monjes (incluyendo las monjas) sean monjes ante todo y ninguna otra cosa. No es posible hablar del futuro de una institución que quisiera auto-disolverse. Es de suponer que los monjes seguirán conservando su identidad y su vocación de hombres que consciente y deliberadamente han adoptado un modo de vivir marginado del resto de la sociedad, una manera de ser que implica una crítica de esta sociedad, al buscar cierta distancia de ella y aspirar a la liberación de su dominio y sus imperativos, permaneciendo, sin embargo, abiertos a sus necesidades y dispuestos a dialogar con ella.

La razón de todo esto es explícitamente teológica, incluso “religiosa” (no entramos a discutir aquí la ambigüedad de este término). En otras palabras, el monje es la persona que según el lenguaje tradicional “busca a Dios”, o busca por “metanoia” y revolución interior agudizar su conciencia y conocimiento de modo que “experimente” algo del fundamento último del ser y del poder salvador del Espíritu, y lo atestigüe de un modo u otro. En términos cristianos esto significa, por supuesto, una vida de “muerte y resurrección en Cristo”, una “vida en el Espíritu”, en el sentido más pleno de la palabra, una vida de libertad carismática, humildad, paz, entrega, transformación y gozo, una vida de “amor” como dice el Evangelio y el reino de Dios.

Naturalmente, la vocación monástica no quiere definirse como la única vocación cristiana y menos aun como, necesariamente el mejor modo de ser cristiano. Si un hombre del espacio, un astronauta soporta ciertas pruebas experimentales y adquiere alguna destreza, esto no implica necesariamente que sea superior; pero sucede que aquel trabajo le conviene y, aún más, es “su vocación”.

Suponiendo entonces que los monjes hacen otra cosa que dirigir una especie de fábrica, con su respectivo molino de oración pública, que tampoco fomentan cierta mística gnóstica o contemplativa y que tienen necesariamente una estructura institucional y una identidad comunitaria, ¿cuál es su puesto en el mundo moderno? ¿Pueden tener uno? ¿Deben estar ansiosamente preocupados de su importancia o pueden confiar en que una vida monástica vivida en serio se justifica por sí misma?

Los apuntes siguientes son sugerencias que interesan, en primer lugar, la toma de conciencia monástica. La identidad del monje no es algo que se logra viviendo en un puro vacío de soledad, ante el rostro de Dios, sino que debe ser la consecuencia de su relación con la sociedad, a la vez negativamente (su “renuncia al mundo”) y positivamente: su amor para con el mundo, que no es sólo un rezar por el mundo desesperado (?) sino un entrar en alguna clase de diálogo con él.

Aunque algunos monjes hagan hincapié en su soledad, su ascetismo y oración, hasta el punto de tener un contacto mínimo con el mundo, debemos reconocer que la manera como esto ha sido interpretado en un pasado reciente, ha sido desastrosa: el resultado sólo ha sido una especie de narcisismo organizado, sin porvenir. Por lo tanto, no vale la pena discutir esto aquí. Parfraseando a S. Benito: Cuanto menos se hable de estos monjes, tanto mejor.

El monasterio monumental de la Edad Media, con sus personajes envueltos en velos y capuchones, deslizándose y cantando sus oraciones en un idioma desconocido, no estaba de facto “fuera del mundo”, sino más bien formaba parte de una cierta estructura social. Los conventos conservadores de hoy persisten en identificarse con una cierta clase de gente, lo que

implica una cierta ideología y actitud que tienen consecuencias sociales decisivas. Para decirlo francamente, estos claustros están, a menudo, estrechamente vinculados con benefactores ricos y muy conservadores y con una visión reaccionaria y arcaica de la realidad social. Su “negación del mundo” y hasta su “contemplación”, están, en realidad muy influidas por aquel antecedente económico y social. Este es el caso de más de una casa religiosa en países como España, Italia, o América Latina pero también sucede en los Estados Unidos. En los tiempos de violencia revolucionaria, tales comunidades se convierten en blanco principal de la destrucción. Teológicamente el mérito de su sacrificio es bastante dudoso, aunque individualmente, las personas que se encuentran de buena fe en aquella situación son, sin duda alguna “víctimas gratas”. Las instituciones arcaicas merecen lo que se les viene encima.

Esto nos ayuda a reconocer un hecho que la ideología monástica tiene tendencia a ignorar demasiadas veces. Los monjes, por más que quieran apartarse del mundo, siempre, y en la medida en que se han institucionalizado, tienen inevitablemente que incorporarse a una cierta forma de estructura social e identificarse con otros grupos en aquella estructura. Para bien o para mal, tendrán que navegar en los ríos del cambio social con los otros grupos con los que más o menos se han identificado.

El problema del porvenir del monacato puede entonces ser contemplado desde este punto de vista: en una sociedad en estado de cambio, donde otros grupos están orientados hacia el porvenir más visiblemente, el monje que se orienta hacia el futuro inconscientemente va a alinearse con estos, identificándose con ellos. Por otro lado el monje que no está orientado al futuro aunque no lo admita, se identifica por lo menos inconscientemente con el poder establecido y los representantes del status quo. ¿Cuáles son entonces las opciones?

Uno puede, más o menos conscientemente, identificarse con:

1) *La estructura del Poder establecido* y aquellos que la aceptan sin críticas es decir, la mayoría de la población de los EE.UU. Este sector humano se orienta hacia el futuro en el sentido que planifica un porvenir en el que su propio poder establecido permanece inalterado.

Por supuesto toma en cuenta el gran desarrollo tecnológico, pero la estructura fundamental sigue siendo la misma. Por lo tanto, los grandes problemas que el sistema no puede resolver permanecen iguales, a pesar de los avances técnicos. Es un punto de vista especialmente conservador, aunque se estima a sí mismo como progresista.

2) La clase inferior: los pobres de todas partes, que se encuentran prisioneros en el seno del presente orden de cosas. Deben permanecer donde están y, si se mueven, su movimiento es hacia abajo, no hacia arriba. Su situación no mejora, al contrario, empeora. Se vuelven más numerosos y más conscientes del apuro en el que están y toman conciencia de constituir la mayoría de la población mundial. Son materia prima para la revolución.

3) El intelectual sin compromiso y marginado que no tiene interés ligado con la sociedad establecida, pero se mueve libremente en ella. De cierto modo es un ser privilegiado y respetado; puede trabajar si quiere y usar los recursos del orden actual para pagar sus viajes e investigaciones. Se trata de los universitarios, académicos, estudiantes, *hippies*, artistas, poetas, escritores, etc. La comunidad intelectual no se identifica con el orden establecido, pero es obvio, que muchos de este sector, se identifican con el presente orden de cosas al vivir del dinero del gobierno, al trabajar por el complejo de la industria militar, la CIA u otras instituciones parecidas. En ese caso pertenecen de hecho al grupo 1).

Ya de hecho los católicos -la jerarquía, el clero, la masa de la clase media católica- aceptan el orden conservador y se identifican con él, los monjes los imitan en su mayoría. No conocen algo mejor o no saben cómo partir de una nueva base: La ideología y la visión del mundo que tienen es la única que le puede brindar esta sociedad. Cuando tratan de estar “abiertos al mundo” y de

ser progresistas, todo lo que hacen es abrirse a una influencia más intensa de la ideología del sistema presente. Admiten, sin crítica el punto de vista del orden establecido, difundido a través de los medios de comunicación social. Su posición sigue siendo conservadora. En gran parte el progresismo aparente de los monjes y otros católicos resulta ser completamente ilusorio porque no es más que la aceptación total y sumisa a los lemas familiares de la sociedad, sus actitudes clásicas, sus clisés. Su aspecto “progresista” es sólo una admiración ciega por los logros de la tecnología.

Al darse cuenta, muchas veces oscuramente, de esto, hay monjes que buscan la identificación con el grupo 2), es decir, los subdesarrollados. Así se sienten empujados al monacato urbano de pequeños grupos. Cierta número reducido de monjes se van entonces a vivir (como lo hacen, por lo demás, los religiosos activos) a los *ghettos*, trabajan como sus vecinos (quitándoles a veces el trabajo a otro), haciéndose sencillamente hermanos y amigos de la gente que los rodea. Tratan de conservar su vida de oración y meditación en aquel medio de clase baja. Seguramente representa una solución más honesta y realista que la anterior, (que en el fondo no es solución, sino sólo la aceptación de una situación de hecho y muy discutible desde diversos puntos de vista). Pero el peligro de los monjes sumergidos en los medios urbanos reside en que, si no están bien informados, pueden transformarse simplemente en misioneros y apologetas de la estructura del poder establecido.

La experiencia de mi propia vida y vocación me muestra que, al menos para algunos de nosotros -monjes como individuos o comunidades- es importante y bastante natural identificarse con los intelectuales que no tienen intereses ligados al orden establecido y adoptan frente a él una actitud crítica. En realidad esta clase social ha tomado el puesto que tenía el monje, el fraile, el clérigo de la Edad Media. Sólo el intelectual está libre para moverse en el mundo como se le antoja. Tiene ideas personales: puede ser original, creador, iconoclasta e independiente, no está atado a un sistema económico centrado en la avaricia. Se da cuenta de las contradicciones internas, de las injusticias, de los problemas sin solución del sistema actual y orienta su toma de conciencia sin miedo a que lo desapruében después. Tiene una visión global. No se apega a las perspectivas estrechas, limitadas y deformadas del “termino medio”, que se traga todo el bulto de ideas (o pseudo-ideas) cocinadas por el grupo 1).

Además, esta clase o grupo está enterado de los problemas de las clases inferiores, abierto a un diálogo con ellas y capaz de prestarles su ayuda en cierta medida. Sin embargo, los intelectuales no se creen profetas o activistas revolucionarios.

En esta clase de intelectuales sin compromiso con la sociedad, se incluye el grupo importante de los insatisfechos y críticos (*hippies*, etc.), que se interesan activamente en los temas espirituales y religiosos y están de hecho empeñados en encontrarse a sí mismos espiritualmente; al mismo tiempo rehúsan una sociedad que consideran sofocante y conformista. Sin duda se pueden equivocar en sus reacciones y acabar en caminos sin salida (la droga, por ejemplo); pero es justo admitir que no sólo están cerca, sino que también se interesan mucho por nosotros. Suelen llegar a nuestros monasterios con una aguda y viva curiosidad y quieren saber si tenemos algo que ellos podrían respetar. Si no encuentran más que un grupo de hombres poco informados, arcaicos, “píos”, estrechos y rígidos, nos identifican con ese mismo mundo que les parece estúpido.

En el futuro, especialmente para las generaciones por venir, la vida monástica tendrá su razón de ser en cuanto los monasterios estén abiertos al diálogo y al intercambio de ideas con la comunidad intelectual, ya mencionada en el grupo 3). Para que el diálogo se vuelva fructuoso, la comunidad intelectual debe encontrar en los monasterios a la vez una *realidad monástica* (personas profundas y sencillas, que han adquirido los valores del monaquismo viviéndolos) y una *apertura a la realidad social del siglo XX*.

Podemos llevar a cabo uno de estos objetivos dentro del marco de nuestras estructuras. Pero *sería muy difícil realizar ambos a la vez*. Las estructuras actuales tienen que ser modificadas a fin de lograr los dos objetivos. La supervivencia del monacato *exige* que *ambos* objetivos se alcancen.

Realidad monástica: esto significa una verdadera comunidad monástica, que comparta una experiencia vivida de valores tradicionales, que sean al mismo tiempo plenamente válidos para nuestra época. Esto es difícil y requiere una real formación monástica, un hondo conocimiento de lo que ha sido la vida monacal en el pasado (no fórmulas o palabras acerca de esto); una experiencia de la oración y de la contemplación y una viva y elocuente celebración comunitaria de la liturgia; además requiere un gran conocimiento del mensaje escatológico del Evangelio y su testimonio. Significa también *soledad*, en una medida y grado que pueden variar de un individuo a otro. No estoy defendiendo una falsa “mística del ermitaño”, pero algunos *tenemos que estar solos* para encontrarnos. Esto puede llamarse aislamiento si se quiere; pero tenemos que dedicarnos a pensar y a trabajar; lo que demanda un cierto silencio y apartamiento, necesitamos tiempo para meditar y crear. También la comunidad misma debe respetar cierta quietud y evitar el ser un conjunto hablador e incontrolado. El monacato implica cierta “distancia”, desde la cual puede uno después “acercarse”, evitando la mera inmersión en una cercanía confusa donde no hay personas, sino sólo una masa de seres que habla y se mueve.

Apertura a la realidad social: no sólo quiere decir información, sino también comunicación personal con los demás que son de un mismo espíritu, los “otros monjes” con los cuales podemos intercambiar fructuosamente ideas y proyectos, aún si son no-creyentes. Esto implica la habilidad de aprender a discutir con hombres de otras tradiciones religiosas, con intelectuales, artistas, escritores, en resumen, con todos los que representan lo más valioso en el campo del espíritu de nuestra época moderna, porque son ellos los únicos que, de algún modo, viven una vocación “profética” y tienen conciencia de las semillas vivientes del futuro en el presente y también de los poderes mortales que pueden esterilizar estas semillas y llevar a la raza humana al desastre.

Que estén en la ciudad o en el desierto, los monjes deben realizar estas dos cosas: la oración y la experiencia monástica, junto con la apertura a la realidad contemporánea, personificada en los que tienen un espíritu vivo y orientado en perspectivas auténticas. Sin embargo, el monje no debe tomar aires de superioridad por sentirse “al día” y emancipado.

La nueva mediocridad

Infelizmente el monaquismo siempre ha adolecido de mediocridad.

Representa con demasiada frecuencia un modo de vivir institucionalizado, seguro, amparado, donde se puede evadir la realidad en diversas formas. Se puede respetar las reglas, purificar las intenciones y vivir, no obstante, una vida de indiferencia, desamor y mediocridad espiritual. Lo sabemos. Pero cuando las reglas desaparecen y nos dejan “crear” un nuevo monaquismo para nosotros mismos, podemos también gastar nuestra vida en pasatiempos inútiles y superficiales, desprovistos de significación y dirección, y buscar salida en formas adolescentes y espurias de espontaneidad, pensando que eso es “vida” y “expresión de sí mismo. Por supuesto, podemos estar implicados en proyectos académicos más respetables, pero igualmente fútiles; a ambiciones mezquinas de eruditos, editores y autores de comentarios y notas a los comentarios y notas de otros; o podemos, desgraciadamente, gastar el tiempo en conversaciones sin fin con el grupo agradable y amable de intelectuales (grupo 3), creyendo que así estamos mejorando el mundo y promoviendo la vocación monástica. Pero siempre, en cualquier cosa que hagamos, corremos el riesgo de fracasar. Lo más importante es tener una idea clara de nuestras metas y de los obstáculos inherentes a ellas y ser fiel a las contradicciones, a veces dolorosas, de nuestro carisma.

Conclusión

Asociar la verdadera profundidad monástica y su experiencia con el diálogo con las fuerzas vivas intelectuales y culturales de nuestro tiempo requiere un carisma especial. El carisma es un don, pero uno debe luchar para merecerlo y guardarlo. La cosa básica y más importante es el llamado monástico a la oración y a la renuncia, a la transformación interior, a lo que se suele llamar la “vida contemplativa”. Cada uno de nosotros debe poner esto en primer lugar, de cualquier manera, sin adoptar modos fútiles, irreales o deshonestos para obtenerlo. No se puede dar lo que no se tiene. Si nuestros monasterios son verdaderos focos de vida y experiencia monásticas, los más activos del mundo exterior vendrán espontáneamente a compartir nuestro silencio, y a discutir con nosotros sus descubrimientos interiores. Creo que este intercambio y esta participación van a tener una importancia decisiva en los monasterios. Pero todo depende de la soledad y la oración.

Gethsemani
USA